

RESUMEN / ABSTRACT

Este trabajo se propone examinar uno de los temas más polémicos y persistentes de la reflexión epistemológica contemporánea: la discusión en torno al carácter científico de las disciplinas sociales. Con base en una revisión crítica e histórica de las premisas e implicaciones teóricas de las principales corrientes de pensamiento que han participado en este debate, busca mostrar (en primera aproximación) las condiciones y posibilidades emergentes que obligan a comprender mediante nuevos encuadres filosóficos la naturaleza y los problemas de la ciencia actual.

This work proposes to examine one of the most controversial and persistent topics of contemporary epistemologic reflection: the discussion of the scientific character in the social fields. Based on a critical and historical review of the theoretical implications and premises of the main schools of thought that have participated in this debate, it seeks to show (in close approximation) the emerging conditions and possibilities that force an understanding, through new philosophical schemes, the nature and the problems of current science.

Recibido: 15 de Septiembre de 2003

* Artículo por invitación.

** Profesor-Investigador de la Facultad de Filosofía y Letras.
cortesdm@yahoo.com.mx

El Debate sobre las Ciencias Sociales*.

Rodolfo Cortés Del Moral**.

PROBLEMATIZACIÓN

Todo balance o discernimiento crítico de la situación actual de las ciencias sociales ha de comenzar por el reconocimiento de un hecho incuestionable y apreciable desde cualquier punto de vista: el expediente histórico formativo de las disciplinas identificadas con esta designación ha sido intrínsecamente problemático desde su origen hasta el estado de cosas que reviste en nuestros días. Desde el primer momento, desde las formulaciones iniciales abocadas a la determinación de sus objetos, herramientas y propósitos sustanciales, el discurso de las ciencias sociales adquirió la forma de un vasto campo de controversias radicales y polarizaciones extremas que a menudo han trascendido los linderos del ámbito en cuestión y directa o indirectamente han dado lugar a confrontaciones en contextos intelectuales y académicos más amplios.

Según se puede constatar con base en el recuento de las corrientes teóricas y las obras fundacionales que figuran en su decurso, el carácter polémico de las ciencias sociales se puso de manifiesto (junto con otros motivos secundarios e intermitentes) tanto en relación con la estipulación de la naturaleza y el sentido específico de los procesos y entidades que constituyen sus objetos de estudio como de cara a los conceptos, métodos y criterios implicados en la producción del conocimiento correspondiente, a lo cual hubo que añadir la cuestión relativa a los fines y las aplicaciones mediatas e inmediatas del mismo¹. Las concepciones surgidas en torno de estos factores esenciales acusan tales discrepancias, obedecen a premisas y expectativas epistemológicas tan contrastantes que en diversas coyunturas a lo largo del tiempo parecen encaminarse a empresas cognoscitivas enteramente distintas e inconexas, incluso antagónicas, por cuanto el cumplimiento de las condiciones exige-

¹ Entre las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX, la polémica fue protagonizada por las escuelas positivistas, neokantianas, historicistas y marxistas, pero pronto se sumaron las corrientes funcionalistas y estructuralistas en el contexto del pensamiento anglosajón.

PALABRAS CLAVE: Monismo epistemológico; Configuración uniparadigmática; Configuración multiparadigmática; Campo de inteligibilidad; Racionalidad contemporánea.

KEYWORDS: Epistemologic monism; Uniparadigmatic configuration; Multiparadigmatic configuration; Area of intelligibility and contemporary rationality.

das por alguna de ellas redundan en la negación de las contempladas por las demás. Hasta la propia denominación de “ciencias sociales”, que en las décadas recientes ha conseguido estandarizarse al nivel de las instituciones universitarias y profesionales, debió competir y prevalecer frente a otras que anteriormente dieron expresión a enfoques alternativos sobre la investigación de la realidad social (“ciencias morales”, “ciencias del espíritu”, “ciencias de la cultura”, etc.), y que no han desaparecido del todo en la literatura circulante.

No es necesario adoptar una actitud demasiado rigorista para desesperar de entrada ante semejante expediente. Basta con este escueto apuntamiento panorámico para comenzar a poner en tela de juicio la posibilidad misma de dichas disciplinas. En la medida en que las controversias referidas no conciernen a teorías o modelos explicativos sobre los fenómenos a estudiar sino a la índole de éstos y del conocimiento que les corresponde, se impone la sospecha de que se hallan en juego diversos tipos de saber y de indagación, que sólo merced a cierto equívoco persistente pretenden ubicarse en un mismo ámbito disciplinario. En todo caso, cuando las discrepancias atañen a la propia determinación primaria de los objetos, criterios, instrumentos y productos del conocimiento, difícilmente se puede hablar de ciencia en el sentido puntual del término. ¿Cabe, en efecto, confiar en la científicidad de campos cuyos límites y referentes básicos varían sustancialmente según las doctrinas y orientaciones teóricas que se consulten en cada caso? ¿Se puede acceder a explicaciones científicas en entramados de experiencia donde los contenidos y comportamientos de los objetos se encuentran inextricablemente ligados a los intereses y disposiciones conscientes o inconscientes adoptados por los sujetos, donde las relaciones y diferencias entre lo objetivo y lo subjetivo no dejan de ser motivo de discusiones y mutuas desautorizaciones?

Desde luego, el continente de las ciencias naturales no ha estado exento de enfrentamientos y rupturas más o menos radicales a lo largo de su dilatada evolución. Por un lado, en el periodo de gestación de la ciencia moderna (para no aludir a las etapas precedentes) se produjeron intensos y prolongados debates acerca de los atributos y componentes esenciales del mundo físico, así como sobre los esquemas conceptuales y lineamientos metodológicos requeridos para su justo conocimiento, lo que redundó en la conformación de definiciones y fundamentaciones inconciliables del mismo dominio; posteriormente, tal estado de cosas debió repetirse en diversas proporciones a consecuencia de las revoluciones teóricas y experimentales acaecidas. Por otro lado, es indiscutible que aún en los campos más consolidados y sistemáticos la confrontación de teorías y enfoques metodológicos alternativos representa una constante positiva que incide de modo explícito en la dinámica interna del quehacer científico, en cuya ausencia resultaría impracticable el progreso de este último.

En atención a estas y otras consideraciones análogas sería lícito en principio —y a nuestro juicio lo habría sido desde hace tiempo, por lo menos desde hace cincuenta o sesenta años— relativizar la diferencia existente entre el saber social y el natural en cuanto a características estructurales; lo que al respecto hubiera que destacar tendría que plantearse en términos de grados o medidas comparativas, no de una bifurcación epistemológica de fondo. Incluso se podría echar mano de la visión evolucionista auspiciada por el positivismo clásico para justificar dicha diferencia en el sentido de que mientras el despliegue de las ciencias físicas modernas se remonta hasta los inicios del siglo XVII, la primera delimitación general de las sociales data de mediados del siglo XIX, de suerte que la superación de sus rasgos deficitarios se reduce a una cuestión de tiempo² —argumento convin-

² Al margen de la visión positivista, Max Weber suscribió este argumento y fincó en él la expectativa de una futura maduración epistemológica de la investigación social. Cfr. “Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura”, en *Ensayos sobre metodología sociológica*.

cente y oportuno en ciertos planos o momentos de la discusión, por más que a la postre resulte refutable en virtud de la regularidad lineal y homogénea que presupone—. Sin embargo, salvo unas cuantas formulaciones que eventualmente han tenido eco en determinados círculos de especialistas pertenecientes a esas mismas disciplinas, la opinión mayoritaria que ha prevalecido a través del tiempo apunta resueltamente en la dirección opuesta. Fuera de las esferas de acción en que los investigadores sociales comparten preocupaciones profesionales e información técnica que les permiten ponderar los logros y las implicaciones específicas de sus trabajos (es decir, más allá de los ambientes donde priva el espíritu de gremio y los miembros del mismo se hallan convencidos de antemano del valor y la importancia de su ministerio) ha imperado y continúa imperando la convicción de que las disciplinas sociales adolecen de limitaciones e impedimentos intrínsecos, merced a los cuales les están vedadas la sistematicidad, la consistencia lógica y la universalidad de las ciencias naturales, de manera que se sitúan en una científicidad de segundo orden, o bien en un orden distinto al del conocimiento científico propiamente dicho. Con el paso de las épocas y de las tendencias teóricas, esta convicción ha alcanzado tal cúmulo de expresiones y matices que a la sazón resulta difícil describirla con precisión, se torna equívoca y por momentos parece quedar al margen de la discusión; pero dispone de una presencia virtual, actúa como elemento de fondo, como algo sobreentendido. —De hecho, así ocurre incluso con muchos de quienes toman la defensa de aquellas disciplinas destacando sus características y funciones alternativas, o las ventajas cualitativas de su irreductibilidad a los parámetros de la explicación física—.

Por lo demás, en modo alguno se trata de un mero prejuicio o de una idea inercial derivada de cierto positivismo residual que pervive vagamente en opinión pública intelectual. Aunque en casos extremos no pase de ser eso, lo cierto es que en sí misma constituye una opinión ampliamente razonada, que se apoya en nume-

rosas comparaciones con las ciencias naturales y en análisis críticos de las cargas ideológicas de las teorías sociales, los que a fuerza de refrendarse desde varias perspectivas han llegado a conformar una especie de evidencia sobreentendida que forma parte tanto de la cultura científica en general como de la epistemología y la filosofía de la ciencia en particular (misma que desde Descartes en adelante erigió a la explicación físico matemática de la naturaleza en el canon insuperable del conocimiento científico). Así pues, no obstante lo unilateral o restrictiva que pueda antojarse a los ojos de los propios investigadores sociales, la postura en cuestión se asienta sobre una vasta tradición deliberativa y cuenta además con argumentos y evidencias históricas que hasta la fecha resultan contundentes.

Por ejemplo, contra la relativización de la diferencia estructural entre las ciencias sociales y las naturales sugerida líneas arriba, existen datos y elementos de juicio que permiten replicar que si bien en su periodo de gestación y en los sucesivos momentos de transformación paradigmática las ciencias naturales han sido presa de intensos debates y graves desacuerdos acerca de las propiedades esenciales de sus objetos, así como sobre los fundamentos de las reglas, operaciones e instrumentos que pone en práctica, tales episodios no han impedido en absoluto la continuidad vertebral de sus elaboraciones y la integración sistemática de los diversos lenguajes, dispositivos analíticos y resultados experimentales que determinaron la progresiva consolidación de su “cuerpo de conocimientos disponible” (Hempel); de manera que en ellas los enfrentamientos de las concepciones generales sobre la naturaleza y la investigación científica, lejos de atentar contra la unidad de los contenidos temáticos o de suscitar dudas incontestables sobre la objetividad del conocimiento alcanzado, han actuado como factores de progreso y expansión, a la luz de los cuales llegó a cobrar cuerpo la visión dinámica y abierta que actualmente comparte la mayoría de sus practicantes. Asimismo, es cierto que a todo lo largo de su desarrollo, incluidas las fechas de sus máximas conquistas, la extensión entera de las ciencias

naturales ha estado poblada por hipótesis y teorías contrincantes. Aun en relación con los fenómenos mejor estudiados y los acervos de información más sistematizados siempre existe en perspectiva más de un modelo de interpretación competente, merced a lo cual ninguna explicación establecida puede considerarse definitiva o irremplazable; a mayor abundamiento, no son infrecuentes los casos en que alguna hipótesis o construcción conceptual previamente descartada por ser incompatible con el paradigma vigente termina por incorporarse con éxito al *corpus* actual, desplazando a elementos que se hallaban plenamente acreditados. Como queda dicho, el antagonismo entre elaboraciones teóricas es una constante que tiene verificativo en todos los campos y niveles de la investigación del mundo físico, y cabe advertir que ni siquiera los sistemas que han alcanzado el máximo rigor lógico y la óptima contrastación experimental han gozado de una aceptación verdaderamente unánime. Sin embargo, nada de esto ha conducido a las ciencias naturales a una crisis de identidad. Por más que la comunidad científica se haya visto a menudo dividida por la subsistencia de dos o más teorías discrepantes consagradas a un mismo grupo de objetos, no suelen cundir en ella —con excepción del testimonio de unos cuantos autores iconoclastas e incendiarios— incertidumbres acerca de las premisas y los parámetros fundamentales de su actividad, ni desemboca en un estado de parálisis o indeterminación en el que no se pueda identificar con claridad el conjunto de los objetos de estudio o los contornos específicos del conocimiento adquirido, o en el que se pongan en marcha programas de investigación (en la acepción de Lakatos) totalmente inconexos e inequívocos que redunden en

definiciones asintóticas de la misma disciplina. En lugar de eso, el desarrollo de controversias teóricas o procedimentales por lo general culminan en elaboraciones integradoras que amplían o introducen ajustes en el paradigma vigente, o bien dan lugar al surgimiento de subcampos suficientemente delimitados que se pueden cultivar simultánea o alternativamente. De uno u otro modo, los conflictos internos de estas disciplinas han propiciado a la postre la prolongación de sus horizontes y el enriquecimiento de sus posibilidades, lo cual prueba sin reservas que su científicidad se encuentra sólidamente cimentada.

De cara a esta percepción dominante, la reivindicación de las ciencias sociales durante el último siglo ha corrido a cargo de una profusa variedad de formulaciones epistemológicas y líneas argumentales que en conjunto abarcan todas las opciones lógicas posibles: desde aquéllas que confían en que con el paulatino perfeccionamiento de los esquemas conceptuales y los instrumentos de observación y control empírico de los fenómenos que abordan estas disciplinas habrán de acceder a los estándares de objetividad y verificabilidad inherentes al conocimiento físico matemático³, hasta aquellas otras que rechazan tal asimilación haciendo énfasis en la diferencia cualitativa existente entre los procesos naturales y los comportamientos humanos para arribar a la conclusión de que la cabal comprensión de estos últimos trasciende los criterios y condiciones de la explicación científica, pasando por una abigarrada franja de planteamientos intermedios que con mayor o menor resolución buscan tomar distancia crítica respecto de la investigación del mundo natural y fijar las bases de una objetividad propia y distintiva del cono-

³ Daniel Bell sostiene que en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, gracias al empleo generalizado de los modelos matemáticos y las tecnologías informáticas, llegó a imperar la impresión de que las ciencias sociales pronto alcanzarían este resultado. “Con el rápido avance de nuevas técnicas complejas, particularmente después de la introducción de los computadores, las teorías ya no fueron simples ideas o retórica, sino proposiciones que podían ser enunciadas en forma empírica y verificable. Para usar nuevamente la jerga, las ciencias sociales se estaban volviendo ‘duras’, como las ciencias de la naturaleza”. Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial, p. 26. Sin embargo, el propio autor señala reiteradamente que ésta y otras expectativas semejantes en gran medida se han visto frustradas hasta el momento.

cimiento de la realidad social⁴. Según algunas posiciones, el estado deficitario de las ciencias sociales se debe a la perniciosa injerencia de ideas y preocupaciones metafísicas que han sufrido a lo largo de su trayectoria, mientras que a juicio de otras la causa de dicho estado es justamente la contraria, el sometimiento a criterios inmediatistas y cosificantes merced a la carencia de una visión integradora que sea capaz de vincular el estudio de los hechos con la elucidación filosófica del ser social y el devenir histórico. Igualmente, para ciertas corrientes el progreso de estas ciencias exige la adopción de filtros lógicos y metodológicos que permitan depurar sus enunciados de los contenidos ideológicos o políticos que conciente o inadvertidamente introduce en ellos el investigador, al tiempo que para otras semejante depuración equivale a una ideología encubierta y sólo mediante la explícita asunción de los intereses y valores subyacentes en las decisiones de los sujetos será factible el desarrollo de un conocimiento realmente objetivo. A este intrincado cuadro de posiciones discrepantes hay que sumar el hecho de que el debate en cuestión ha sido alentado o sobredeterminado por otros antagonismos de carácter político o cultural en los que se ha visto involucrada la comunidad científica de modo directo o colateral; entre ellos, el más dilatado y sobresaliente es sin duda el de las “dos culturas”, consignado en el célebre ensayo de Show⁵.

En el marco de la presente exposición resultaría imposible llevar a cabo el recuento pormenorizado de tan copioso y heterogéneo conjunto, amén de que tal operación de ninguna manera podría aspirar a arrojar nueva luz analítica sobre sus múltiples nudos y puntos de fuga, después de todo lo que se ha escrito al respecto. Por otra parte, resultaría anodino tomar partido

por una de las vertientes en conflicto, y demasiado pretencioso (e ilusorio) tratar de inventar alguna fórmula o estrategia que condujera a la neutralización del conflicto mismo. Antes bien, el punto de vista que aquí se intentará trazar comienza con la consideración de que ese espectro de desacuerdos y disyuntivas no tiene por qué ser estimado necesaria e inmediatamente en términos negativos o deficitarios, como si en él no fuera posible ver otra cosa que una gran anomalía de la que hubiera que escapar a toda costa o de la que hubiera que lamentarse sin más. Tras la puntualización de la problemática relativa al estatuto de las ciencias sociales y antes de la formulación de una hipótesis general concerniente a las razones históricas y epistemológicas que explican en principio la aparición y la persistencia del debate, nuestro primer paso consistirá en poner en tela de juicio (al menos en el terreno filosófico) las presuntas confusiones y equivocaciones teóricas que han dado lugar a dicho debate y concentrar la atención en las virtudes mostrativas que el mismo reviste; es decir, intentaremos reconocer en él una de las manifestaciones concretas y peculiares del horizonte teórico-discursivo de nuestros días, particularmente de la configuración compleja y de las tendencias distintivas de este horizonte. Con base en tal disposición esperamos poder identificar (a título de primera aproximación) una serie de eventos estructurales que no tienen que ver solamente con el expediente de las ciencias sociales, sino que implican a la totalidad de saberes y empresas cognoscitivas del presente, y cuyos significados de fondo no se circunscriben al plano de la deliberación epistemológica, ya que a estas alturas (inicios del siglo XXI) resulta por demás evidente que en los procesos orientados a la generación de conocimiento, especialmente del científico, se halla en juego algo más

⁴ Una de las formulaciones más puntuales de las dos posiciones básicas sobre la científicidad de las ciencias sociales fue hecha por Alfred Schutz en 1953: “Según sostiene una de aquellas, los únicos métodos científicos son los de las ciencias naturales, que han rendido tan magníficos resultados, y, por consiguiente, solo ellos deben ser aplicados en su totalidad al estudio de los asuntos humanos. Se afirma que es el no haber actuado así lo que ha impedido a las ciencias sociales elaborar sistemas de teorías explicativas de precisión comparable a la que ofrecen las ciencias naturales (...) De acuerdo con la otra tendencia, existe una diferencia estructural básica entre el mundo social y el de la naturaleza. Esta idea condujo al extremo opuesto: a concluir que los métodos de las ciencias sociales difieren *toto coelo* de los que se utilizan en las ciencias naturales”. “Formación de los conceptos y teorías en las ciencias sociales”, en *El problema de la realidad social*.

⁵ C. P. Show, *Las dos culturas*.

que conocimiento; tanto por la magnitud de los recursos técnicos, organizativos y humanos que reclaman como por los crecientes efectos materiales y culturales que suscitan, el papel que desempeñan en la determinación de las formas de vida y de la praxis de la sociedad contemporánea difícilmente podría exagerarse. —El alcance ontológico de la actividad científica desplegada durante el último siglo es parte de la configuración emergente que se intentará esbozar; pero en virtud de la variedad y extensión de las reflexiones que implica, este rubro no podrá abordarse aquí—.

PUNTUALIZACIÓN

¿Qué conclusiones es posible obtener hoy en día de la ingente discusión sobre las ciencias sociales? ¿Es necesario o viable emitir un dictamen tajante y definitivo? ¿Hay que elegir inexorablemente entre una óptica relativista y un criterio estricto y perentorio para decidir la condición de estas disciplinas? ¿O se trata más bien de un dilema puramente nominal, de una inconcordancia motivada por la natural pero corregible diversidad de modos de hablar y significar?

Esta última opción, además de ser la menos comprometedora y la que menos obliga a entrar en discernimientos complicados, sin duda se antoja mayormente plausible en primera instancia en virtud del aspecto general que presenta la cuestión. A la vista del intrincado cúmulo de argumentaciones y réplicas esgrimidas por las diversas corrientes beligerantes surge de inmediato la tentación de pensar que el origen del debate o al menos de buena parte de su desarrollo se encuentra en cierta confusión subrepticamente institucionalizada de términos o dominios semánticos. Se impone la sospecha de que el aparente callejón sin salida se debe a que desde el principio o en determinados puntos cruciales de la discusión los contrincantes han hecho uso de lenguajes y categorizaciones diferentes para dar cuenta de las mismas cosas o, a la inversa, han empleado una sola nomenclatura en la descripción de acciones o referentes distin-

tos. Dada la extraordinaria longevidad histórica de la controversia y sobre todo la notoriedad e incuestionable solvencia intelectual de quienes han intervenido en ella, sólo un desfase de esta clase puede explicar la situación prevaleciente. Desde hace tiempo, a medida que dentro y fuera de la filosofía se ha puesto de relieve la importancia de las estructuras lingüísticas y los procesos comunicativos en la trama de todas las esferas del orden social, viene acentuándose la proclividad a retrotraer la fuente de las oposiciones teóricas y extrateóricas a problemas de lenguaje. Si cada una de las concepciones involucradas poseen argumentos plausibles y consistentes que han sido sostenidos y reafirmados durante mucho tiempo, la persistencia del conflicto deberá achacarse a los implementos lingüísticos utilizados. El defecto se hallará en la forma, no en el contenido.

Sin embargo, más allá de la impresión inicial y de la buena intención que denota en abstracto, se echa de ver que esta alternativa resulta harto vulnerable tanto por la solución que ofrece como por las premisas implícitas en que descansa. En el caso que nos ocupa, el razonamiento con el que busca salvaguardar a las partes en conflicto pronto se vuelve contra sí mismo, pues si cabe presumir la validez de las posiciones en función de la eminencia y los merecimientos de sus respectivos expositores, en atención a dichas cualidades forzosamente habría que esperar que unos y otros se hubieran percatado en poco tiempo de que el origen de la controversia radicaba en meras discordancias terminológicas; el que no ocurriera así pondría en entredicho su reconocida perspicacia. Si bien es cierto que al ras de los usos y situaciones de la vida cotidiana el lenguaje ordinario comporta ambigüedades y polisemias recurrentes cuyos efectos equívocos deben y pueden rectificarse en cada caso mediante aclaraciones pragmáticas, al nivel del discurso teórico las significaciones concurrentes y sus deslizamientos no pueden atribuirse a simples errores inerciales, responden a las posibilidades lógicas y reflexivas de las construcciones conceptuales. Una de las exigencias formales del lenguaje teórico es justamente la

previa estipulación analítica de sus términos y enunciados básicos; por lo tanto, ninguna aclaración lingüística ulterior conseguirá subsanar las oposiciones y alteridades que surgen entre las elaboraciones teóricas. Lo que en el terreno de lenguaje ordinario figura como polisemia y puede ser sustituido por expresiones unívocas, en el de la teoría corresponde a la intersección de perspectivas y pautas de pensamiento, que no se puede allanar o suprimir con el mero cotejo de signos.

Una vez desechada la posibilidad de confinar el problema en los límites de una solución lingüística, lo primero que importa advertir en torno a la interrogación que le precede en nuestra puntualización – “¿hay que elegir entre una óptica relativista o un criterio estricto para decidir la condición de las ciencias sociales?”— es que lo esencial y decisivo no radica tanto en la disyuntiva que anuncia como en la procedencia del modelo o patrón epistemológico a partir del cual quedan delimitados los dos caminos sujetos a elección. Si el veredicto sobre el *estatus* de las disciplinas sociales remite finalmente a la situación deliberativa que consiste en optar entre un criterio único e irrestricto y un enfoque relativo o plural, habría que suponer entonces que al interior del debate ha estado en juego más de un concepto de cientificidad; dicho más explícitamente, habría que caer en la cuenta de que la discusión sobre las ciencias sociales viene a ser en realidad el enfrentamiento entablado entre dos o más concepciones sobre la naturaleza del conocimiento y de la investigación científica, de suerte en los defensores y practicantes de aquéllas, fincarían su causa en una noción alterativa e independiente de la consagrada por las ciencias naturales. Pero no es esto lo que ha ocurrido en la gran mayoría de las ocasiones. Una inspección medianamente crítica de las principales corrientes que han tomado parte en el desarrollo de la polémica muestra que en

todo momento ésta ha gravitado alrededor del paradigma general instaurado por la teoría y la práctica de las ciencias naturales⁶. Ya sea de modo implícito o expeditivo, los alcances, recursos y requerimientos del saber social han sido elucidados y prescritos en conformidad con ese paradigma (sin que los desacuerdos acerca de la formulación oficial del mismo implicaran alguna variación al respecto). Tantas veces como se ha puesto en cuestión la objetividad de las ciencias sociales en virtud de la mezcla indisoluble de factores objetivos y subjetivos dada en el diseño y aplicación de sus instrumentos, o merced a la constitución ilimitadamente compleja y aleatoria de los fenómenos que aborda, o debido a la falta de control empírico de las hipótesis y generalizaciones que propone, el hilo conductor de los planteamientos, aun de los más abiertos y comprensivos, de los no comprometidos con un ideal rígido e intransigente de explicación causal, ha sido la ponderación de las propiedades y los rendimientos del conocimiento natural. Cuando en el seno de los hechos y procesos humanos se ha intentado separar los aspectos incontrastables de los que pueden cuantificarse y someterse a exploración experimental a efecto de integrar con ellos el territorio legítimo y viable de las ciencias sociales, lo que en realidad se ha conseguido (cualesquiera que sean las ideas e intenciones particulares que abriguen sus gestores) es una especie de inventario de los comportamientos humanos que presuntamente pueden ser incorporados al régimen del conocimiento natural.

Desde luego, semejante proceder resulta congruente y esperable por parte de quienes, por hábito profesional o por conclusión filosófica, identifican en principio la actividad científica con la metodología y los programas de investigación típicos de las ciencias naturales, y sobre todo por parte de quienes, con razón o sin ella, conciben la edificación y el desarrollo de estas

⁶ Escribe Gadamer: “La auto-reflexión lógica de las ciencias del espíritu, que en el siglo XIX acompaña a su configuración y desarrollo, está dominada enteramente por el modelo de las ciencias naturales. Un indicio de ello es la misma historia de la palabra ‘ciencia del espíritu’, la cual sólo obtiene el significado habitual para nosotros en su forma de plural. Las ciencias del espíritu se comprenden a sí mismas tan evidentemente por analogía con las naturales que incluso la resonancia idealista que conllevan el concepto de espíritu y la ciencia del espíritu retrocede a un segundo plano”. *Verdad y método I*.

últimas a la luz del inveterado ideal de la ciencia unificada, según el cual la meta última de toda investigación, independientemente de la índole de sus objetos, habrá de ser el establecimiento de un sistema teórico universal y omniabarcante. Lo notable y paradójico en apariencia es que las vertientes contrarias, las de los epistemólogos e investigadores que subrayan la especificidad e irreductibilidad de los entes y eventos sociales frente a las explicaciones fisicalistas, y que postulan mediante numerosas innovaciones conceptuales la conformación de un conocimiento alternativo, comparten en el fondo, y con diversos grados de conciencia, ese mismo proceder. Sería necesario el emprendimiento de una vasta y detenida auscultación para poner de manifiesto esta convergencia fundamental, la cual lleva a afirmar algo que para algunos opinadores puede parecer obvio e intrascendente en sí mismo pero que viene a ser señaladamente importante en el orden de las presentes consideraciones, a saber, que en términos generales (a excepción de algunos vislumbres y discernimientos coyunturales que en ningún momento lograron remontar la orientación dominante) la discusión sobre la cientificidad de las ciencias sociales se ha desarrollado sobre los rieles de un monismo epistemológico que desde los albores de la modernidad quedó sustancialmente identificado con los principios, caracteres estructurales y divisas de la nueva ciencia natural —a despecho, cabe insistir, de los ajustes y transformaciones que éstos hayan sufrido en el desenlace—. Desde las doctrinas historicistas y vitalistas del siglo XIX hasta las post-estructuralistas y las hermenéuticas de las últimas décadas, pasando por el marxismo y por los diferentes tipos de estructuralismo que cobraron auge a partir de los años sesenta, se puede palpar (o inferir) la misma presunción a la base de las argumentaciones: al margen de la adhesión o la crítica al programa fisicalista con que el neopositivismo buscaba dar cima al ideal de la ciencia unificada⁷, la posibilidad de que la investigación de la realidad social alcance a

cabalidad el estatuto de ciencia se ha defendido o denegado en función de los lineamientos, imperativos y estándares de eficacia que las ciencias naturales consiguieron institucionalizar a través de su formación moderna —ello a pesar de que algunas de ellas o algunos de sus subcampos no estén en condiciones de satisfacerlos plenamente hasta el momento—.

Para tal efecto, como se señaló antes, no es menester que se rinda culto a dichas disciplinas o se suscriba un cientificismo a ultranza que impida tomar con seriedad cualquier tentativa que se aparte de la ortodoxia. Incluso es factible asumir una postura resueltamente contestataria frente a los procedimientos y logros del conocimiento natural, o bien hacer profesión de fe del escepticismo más radical sacando a relucir, entre otras cosas, el hecho de que se agudizan y se multiplican los enigmas del mundo natural en casi todos los niveles conforme avanza su estudio. Aun en esos casos se hace patente el poder hegemónico del paradigma naturalista, pues son los mecanismos e implicaciones estructurales de éste (la cosificación, el reduccionismo, la simplificación analítica, el determinismo causal) lo que da pie a tales reacciones, las cuales suelen dar por descontada la inexistencia o la imposibilidad de otras formas de conocimiento científico. Esta misma presuposición o una equivalente se echa de ver en los elementos de juicio esgrimidos por quienes, sin albergar suspicacias o animadversiones contra la racionalidad de las ciencias naturales mientras su ejercicio se circunscriba al ámbito de sus correspondientes objetos, consideran indeseable el convertir a la vida social en materia de saberes y tratamientos objetivistas. Aunque sus esfuerzos apuntan a la conclusión de que toda suerte de formalización y experimentación entraña de entrada un trastocamiento o transfiguración de los verdaderos ingredientes y sentidos del ser social, no es difícil adivinar que son los dispositivos lógicos y metodológicos de la ciencia natural lo que

⁷ La formulación más autorizada y sustanciosa de este proyecto sigue siendo la que se encuentra en el conjunto de textos reunidos por A. J. Ayer bajo el título de *El positivismo lógico*.

tienen en mente. Pero sin duda la vertiente más reveladora es la integrada por las numerosas concepciones que se sitúan en medio de los dos extremos (entre los partidarios de la inclusión de la investigación social en los parámetros de la ciencia natural y los críticos de la razón científica en su conjunto), es decir, aquellas que hacen hincapié en la especificidad insubordinable de la realidad social y en la necesidad de establecer un patrón de científicidad consecuente con la misma. Ciertamente resultaría injusto y aberrante desestimar el interés intrínseco o la relevancia filosófica que revisten muchas de las iniciativas que han acogido esa divisa a lo largo del siglo XX. Con todo, más allá del valor y originalidad de que disponen como elaboraciones teóricas, en punto a la cuestión que nos ocupa importa destacar que los términos y líneas de reflexión con que estas concepciones se han dado a la tarea de delimitar la científicidad propia de las disciplinas sociales han sido derivados por oposición o por variación de los términos y criterios constitutivos de la ciencia natural⁸. Esta última ha servido de modelo o referente implícito o explícito en las sucesivas delimitaciones de un dominio cognoscitivo y de una objetividad que por definición deben asegurar la delimitación de contenidos que se distingan netamente de las entidades y relaciones físicas. Si el conocimiento de éstas es causalista y determinista, el de los procesos sociales tendrá que ser teleológico y antideterminista; si aquél es explicativo y apunta al descubrimiento de leyes generales, éste habrá de ser comprensivo y ceñirse al estudio de lo singular e irrepetible; si el manejo de los objetos del primero exige la neutralización de todas las posibles predisposiciones o intervenciones subjetivas, el tratamien-

to de los objetos del segundo deberá incluir necesariamente la identificación de las inclinaciones ideológicas, morales o culturales de los sujetos que los abordan⁹. No existen razones *a priori* por las que haya que considerar fallida o insolvente a semejante estrategia; en realidad, según trataremos de mostrar en seguida, existen varias razones para no considerarla así, y para evitar que el discernimiento de la cuestión quede confinado desde el principio en veredictos de ese género, como si a la sazón no se hubieran pronunciado ya demasiados. De cualquier manera, por lo pronto es indispensable poner a la vista el hecho como tal: en la medida en que el estatuto científico de las disciplinas sociales es concebido bajo la forma de alternativa al estatuto de las ciencias naturales, los planteamientos resultantes, a querer o no, redundan en la ratificación de la hegemonía epistemológica de estas últimas por la vía de la negación.

De acuerdo con lo anterior, es preciso rectificar la pregunta formulada o en todo caso advertir que la disyuntiva que sugiere no es tan radical como parece a primera vista. Tanto la asunción de un criterio riguroso e inflexible como la aceptación de un enfoque relativista e incluyente han quedado enmarcadas la mayor parte de las veces en el mismo continente cognoscitivo. La discusión sobre la científicidad de la investigación social ha transcurrido casi por completo dentro del espacio discursivo desplegado por la científicidad de las ciencias naturales. El que en tal territorio haya tenido lugar el enfrentamiento de concepciones restrictivas y abarcantes, unitarias y pluralistas, con orientaciones estructuralistas e historicistas, no altera la integridad y ni la persistencia del propio territorio.

⁸ Basta acentuar un poco el presente señalamiento para sugerir que hasta la indagación arqueológica de Foucault, que va más allá del expediente de las ciencias sociales porque se ocupa de las formaciones discursivas de los distintos saberes de la modernidad, es residualmente permeable a esta hegemonía epistemológica. La exigencia de “claridad”, “positividad” y “facticidad” que impone al discernimiento de las prácticas discursivas es significativa al respecto. Cfr. *La arqueología del saber*.

⁹ “Este insatisfactorio estado de cosas —afirma Schutz— tiene por principal origen el hecho de que las ciencias sociales modernas se desarrollaron durante un periodo en el cual la ciencia lógica se ocupaba principalmente de la lógica de las ciencias naturales (...) Sin ayuda ni guía en su rebelión contra ese dogmatismo, quienes estudiaban los problemas humanos tuvieron que elaborar sus propias concepciones acerca de lo que consideraban metodología de las ciencias sociales. Lo hicieron sin un conocimiento filosófico suficiente y abandonaron sus intentos una vez alcanzado un nivel de generalización que parecía justificar su profunda convicción de que no era posible lograr lo que buscaban adoptando los métodos de las ciencias naturales sin modificarlos ni completarlos”. *Op cit.* p. 72.

Tras la desarticulación de las últimas interrogaciones de nuestra lista hay que hacerse cargo de la inicial: ¿Qué conclusiones es lícito extraer acerca del debate sobre las ciencias sociales, cuya trama se ha desenvuelto bajo las pautas, los marcos categoriales y las ideas regulativas del conocimiento natural? A juzgar por el conjunto de señalamientos ofrecidos en los párrafos precedentes, parece que forzosamente se debe desembocar en la persuasión de que algo ha fallado en seno de dicha discusión, algo que no se relaciona con los términos o los recursos argumentales puestos a contribución por una u otra de las corrientes de pensamiento participantes, sino que atañe a sus propias bases, a las expectativas implícitas y las directrices que han determinado su trayectoria general. Toda vez que hemos renunciado previamente al recurso de los malentendidos lingüísticos y por tanto a la esperanza de las soluciones analíticas, se antoja pensar que no queda más alternativa que la de diagnosticar la presencia de errores y desencuentros teóricos de fondo, y por cierto errores y equívocos no eventuales o personificables, ocasionados por los prejuicios o las inevitables deformaciones profesionales de tal o cual grupo de expertos, sino permanentes y endémicos, lo suficientemente poderosos como para determinar a través de diferentes épocas y ambientes intelectuales el curso entero de la discusión. En ese caso, dada su inusitada magnitud, antes que intentar localizar y corregir semejantes yerros estructurales, se impondría la tarea de convertir al fenómeno en sí en objeto de una indagación extraordinaria, de una especie de estudio histórico-clínico de dimensiones antropológicas, pues evidentemente sus orígenes y antecedentes excederían con mucho la esfera de los problemas e intercambios discursivos característicos de las disciplinas examinadas; sería menester darse a la búsqueda de ciertos síndromes y trastornos discursivos profundos, ligados a causalidades remotas, quizás incluso a variables filogenéticas, que obligarían a formular hipótesis incendiarias acerca de la dinámica de las mentalidades o de la civilización moderna en su totalidad.

Por supuesto, un desenlace de esta clase puede resultar altamente interesante y persuasivo para ciertos gustos filosóficos de filiación contracultural bien conocidos y acreditados en la actualidad; desarrollada con la elocuencia y la inventiva adecuadas, su narración podría aspirar a ocupar un sitio al nivel de obras como *La genealogía de la moral* de Nietzsche, *La época de la imagen del mundo* de Heidegger y *Dialéctica del Iluminismo* de Adorno y Horkheimer. Pero si se repara en que desde hace tiempo la fecundidad crítica de la filosofía de la sospecha, en manos de sus diligentes herederos académicos, ha cedido el paso a una ensayística cada vez estereotipada y acomodaticia, se puede prever que el producto final no sería sustancialmente aportativo y dejaría de lado la problemática que aquí se ventila. En lugar de ello, como quedó advertido con anterioridad, nos parece más pertinente enfilar la presente reflexión en la dirección inversa con la intención de acceder a conclusiones menos espectaculares e inquietantes pero posiblemente más verosímiles y esclarecedoras. La justificación de esta medida habremos de obtenerla de una esquemática inspección de las implicaciones e ideas subyacentes que acompañan a la hipótesis de un error monumental en el debate sobre las ciencias sociales.

En primer lugar, al margen de toda exageración e independientemente de los términos y estilos narrativos con que se exponga, la hipótesis en cuestión presupone la existencia de una continuidad causal a gran escala que de cara a la trama de las elaboraciones teóricas (de por sí más volátiles e inestables que cualquier otro género de prácticas discursivas) no puede menos que resultar sorprendente, sobre todo tratándose de las elaboraciones de los dos últimos siglos, que tanto por las crisis y transformaciones del horizonte sociocultural como por las constantes rupturas, expansiones y revoluciones teóricas acaecidas en casi todos sus campos, exhiben una configuración indudablemente más heterogénea y cambiante que las de los siglos anteriores. Para que la vasta e intrincada discusión sobre el

estatuto de las ciencias sociales fuese susceptible de entenderse en función de confusiones, unilateralidades y absolutizaciones sistemáticas sería necesario que a todo lo largo de su desarrollo prevaleciera una serie de condiciones epistemológicas y extraepistemológicas uniformes, inalterables, y al mismo tiempo unánimemente imperceptibles; es decir, una macroestructura inmutable y omnipotente, frente a la cual las rupturas y transformaciones recién mencionadas vendrían a ser meros fenómenos de superficie. ¿Existe hasta el momento algún indicio o testimonio que autorice a postular la presencia de tal conjunto de condiciones transgeneracionales? Si el hecho de que las diversas concepciones y propuestas encaminadas a delimitar el carácter científico (o, en su defecto, el sentido extracientífico) del conocimiento social se hayan desenvuelto dentro del espacio discursivo propio de la cientificidad de las ciencias naturales se debe fundamentalmente a una suerte de obstrucción o ceguera colectiva que haya condicionado por igual los razonamientos y expectativas de los defensores y los detractores de aquéllas, ¿cómo cabe explicar el surgimiento y la dilatada persistencia del propio debate? Si dicha anomalía histórica realmente dispone de un poder de penetración tan universal y duradero, ¿cómo es posible detectarlo y reconocerlo como tal? ¿De qué manera y desde qué emplazamiento se ha podido escapar a su prodigioso influjo para proceder a denunciarlo?

Cualesquiera que sean las argumentaciones y tácticas expositivas que se empleen para el efecto, sean cuales sean los raseros y deslindes que se tenga a bien habilitar al respecto, la tentativa de dar cuenta de la discusión sobre las ciencias sociales mediante la hipótesis del error consuetudinario, como si su desarrollo equivaliera a un prolijo encadenamiento de insuficiencias, tergiversaciones y falta de perspicacia teórica, invariablemente invoca y hace valer de manera implícita una causalidad absoluta, somete los sucesivos momentos y contextos de la discusión, así como las múltiples corrientes de pensamiento, por más contrastantes o confrontables que sean entre sí, a un determinismo negativo

que resulta tanto más inexorable cuanto más permanece envuelto en el misterio, ya que por lo general nada se dice sobre los factores y relaciones objetivas que lo originan. Pero por otro lado, con idéntica necesidad y recurrencia, se da el caso de que la adopción de esta hipótesis en cualquiera de sus posibles versiones implica una paradoja, o mejor dicho una curiosa petición de principio que salta a la vista tan pronto como se la enuncia o se advierte su utilización implícita. Si la multicitada discusión equivale a la historia de un error teórico consuetudinario, su consignación (implícita o explícita) vendría a ser imposible, pues por definición todo pronunciamiento, aún el más crítico y radical, se hallaría inmerso en su campo de acción, formaría parte de su efecto; en suma, sólo podría entenderse como un síntoma más de la anomalía preasumida; todo ello a menos que la intervención que en cada caso haga uso de la hipótesis pretenda encontrarse más allá de su influjo, es decir, a menos que se autopresente como la excepción de la regla, como la irrupción de una verdad y una lucidez trascendentes llamadas a poner punto final al error histórico. Pero de ser así, aparte de la impresión de fatuidad y arrogancia que provoca, esta presunción comportaría la refutación de la hipótesis: en sí misma sería la prueba de que el sedicente error, pese al poder y a la fatal persistencia que se le atribuyó en principio, es superable, aunque sea por medio de una repentina revelación, tan intrigante e insospechada en cuanto a sus virtuales orígenes como el error mismo en cuanto al férreo determinismo que lo mantuvo en pie a través de diferentes épocas y contextos intelectuales.

NUESTRA HIPÓTESIS

Gran parte de lo planteado hasta aquí no es privativo de la discusión sobre las ciencias sociales. Antes bien, la hipótesis del error consuetudinario ha constituido indudablemente un recurso constante y asiduo de la interlocución teórica y sobre todo del trabajo crítico desde los albores de la modernidad, tanto en el ámbito de la filosofía como en el de las restantes discipli-

nas. De hecho, casi toda nueva concepción del mundo o teoría del conocimiento ha echado mano de ella al momento de entrar en escena. Cada una en su momento ha tendido a presentar el conjunto de lo que antes se ha dicho sobre cuestión que aborda como el producto sumario de sucesivos equívocos, confusiones y limitaciones de larga duración que deben y pueden subsanarse gracias a la nueva perspectiva que se ofrece. A tal punto esta disposición se ha tornado habitual que en nuestro horizonte discursivo se la puede poner en práctica sin reparar en ella, como sucede con una acción ordinaria dentro de la vida cotidiana. ¿Se trata, pues, de una disposición natural e imprescindible, inherente a la asunción de cualquier postura teórica? No es difícil imaginar puntos de vista desde los cuales aparezca ciertamente como condición necesaria y positiva del intercambio teórico, en particular del ejercicio de la crítica filosófica en el marco del pensamiento contemporáneo, donde las tendencias y los lenguajes concurrentes acusan un mayor grado de heterogeneidad que el observado en formaciones precedentes. Sin embargo, justamente ese terreno se ha caracterizado durante las tres o cuatro últimas décadas por la aparición masiva de diagnósticos y proyectos rupturalistas, esto es, por iniciativas que en cuanto a la comprensión del pasado y respecto de la determinación de las posibilidades teóricas y prácticas del presente reclaman cambios radicales, reconstrucciones y replanteamientos de fondo que redunden en la efectiva cancelación de los viejos moldes e inercias especulativas de la tradición a fin de hacer frente a las grandes mutaciones que a todos los niveles registra el mundo actual. Para ese efecto, el discurso revisite una progresiva propensión a adoptar (con frutos de muy variada fortuna) el estilo cáustico y provocativo del nihilismo nietzscheano. En medio de este clima vibrante, tan propicio para los cuestionamientos más audaces y desenfadados de la cultura occidental en su totalidad, desde hace tiempo debiera resultar evidente la necesidad de emplazar el ejercicio de la reflexión teórica y metateórica más allá o por encima del mecanismo simplista de la interpelación negati-

va, cuya lógica dicotómica (verdad-falsedad) representa sin lugar a dudas una de las piezas más conspicuas del pensamiento tradicional.

Si alguna orientación global puede percibirse con claridad en el cúmulo de transformaciones y crisis del mundo actual, ésta es indiscutiblemente la de una complejidad creciente. En cuanto al dominio general del conocimiento y la actividad científica, la complejidad creciente conduce en primera instancia al hallazgo de que las elaboraciones teóricas se inscriben simultáneamente en diversos planos de significación, y que tanto su origen como sus repercusiones mediatas obedecen de manera objetiva (al margen del talento o la torpeza de sus autores) a contextos discursivos polimórficos o multivalentes, conformados por necesidades, limitaciones y posibilidades que distan mucho de admitir un solo derrotero o una sola línea de solución. Frente a tal referencialidad múltiple el hábito de encuadrar el desarrollo de una discusión teórica en la hipótesis de un error consuetudinario, por más estimulante que se antoje todavía para ciertas sensibilidades iconoclastas, no puede sino desembocar en interpretaciones simplificantes e ingenuamente unilaterales; su pretendida radicalidad crítica viene a ser una especie de corteza retórica que encubre un enfoque superficial y uniformizante, mismo que a la sazón ha sido tan asiduamente utilizado y capitalizado que sólo a fuerza de efectismos verbales consigue mantenerse como el recurso predilecto de las vanguardias intelectuales (especialmente de las denominadas posmodernas). En definitiva, a estas alturas (tras siglos consecutivos de ilustración científica y filosófica) es demasiado fácil y cómodo hacer alarde de fortaleza crítica en punto a la refutación del concepto absoluto de la verdad acuñado por la tradición metafísica, y también lo es la preconización de escepticismos extremosos mediante toda suerte de figuras incendiarias —debido, entre otras cosas, a que para ello se cuenta de antemano con un público cautivo dentro del mercado intelectual—. Lo que resulta realmente difícil e importante, lo que entraña una auténtica innovación filosófica

acorde con los estados de cosas emergentes, es-triba en lograr rebasar ese juego especular de radicalismos que permite pasar de la verdad absoluta a la afirmación igualmente absoluta de la no-verdad, para hacerse cargo del flujo cada vez más acelerado de verdades conflictivas y asimétricas que dan lugar a la ambigüedad e incertidumbre de los acontecimientos actuales; para entender los continuos choques y entrelazamientos de saberes y experiencias dispa-res, cuyo rendimiento objetivo (y subjetivo) en el seno de las situaciones concretas en modo alguno queda allanado con la apelación al senti-do maniqueo de la verdad y el error sin más.

Nuestra hipótesis en torno de la discusión sobre las ciencias sociales busca actuar a contra-corriente de semejante nihilismo estandarizado. En lugar de refrendar la intimidante declaración de que las numerosas corrientes involucradas son subsidiarias de un error consuetudinario o de sucesivos defectos estructurales históricamen-te inadvertidos, busca ser provocativa a la inver-sa: sostiene que, en principio, todas esas cor-rientes han sido certeras y pertinentes en su respectivo contexto de aparición; cada una de ellas dispone de razones y elementos referenciales que impiden que sus contenidos específicos pue-dan ser calificados de arbitrarios o insolventes en sí mismos, o ser adjudicados a la idiosincra-sia o las filiaciones ideológicas de sus sustentadores. Pero sobre todo, cada una de ellas constituye una manifestación directa o di-ferida de ciertos relieves del espectro problemá-tico, o bien da constancia de las ideas y divisas teóricas que orientan la práctica científica en determinados sectores disciplinarios. En esencia, dichas corrientes, lo mismo por los términos con que se expresan que por el lugar y el papel que desempeñan en la trama del debate, docu-mentan los significados potenciales y las posi-bles líneas de desarrollo implicados, para bien o para mal, en las distintas coyunturas por las que

ha atravesado la empresa científica. Incluso las unilateralidades y aspectos vulnerables que exhi-ben comportan en mayor o menor grado una virtud mostrativa, revelan la conjunción de res-tricciones internas y externas que delimitan el tipo y los alcances de las soluciones que dicha empresa ha sido capaz de ofrecer en cada caso.

Según este enfoque, las elaboraciones teóricas se inscriben desde su momento de aparición en un marco de inteligibilidad preexistente al cual modifican o refuerzan en una u otra dirección de acuerdo con el estado que guardan los temas o cuestiones que abordan y con las prioridades y núcleos de interés que se perfilan a través del intercambio crítico entablado entre las corrien-tes de pensamiento dominantes. Por supuesto, el valor y la relevancia que lleguen a adquirir tales modificaciones o reforzamientos dependen de la originalidad, la pertinencia y la amplitud de miras de las ideas e iniciativas propuestas por las elaboraciones teóricas. Pero no son los atri-butos ni los contenidos puntuales de estas últi-mas los que deciden en sí y por sí la ocasión ni la medida de su incidencia positiva o negativa en el contexto; es la composición concreta del contexto discursivo, el conjunto estratificado de oportunidades, demandas y alternativas actuales y potenciales que encierra, el que determina la recepción y el rendimiento de las teorías¹⁰. Ex-presado de manera exhortativa: las elaboraciones teóricas no deben ser entendidas como entida-des atomísticas que se desarrollaran y cobraran influencia única y proporcionalmente en fun-ción de la validez formal o del significado em-pírico de los enunciados que las integran; asi-mismo, los vínculos y oposiciones que surgen entre dos o más de ellas no deben describirse e interpretarse bajo la forma de relaciones lineales reductibles a la suma o resta lógica de sus térmi-nos. En ambos casos es factible y conveniente reconocer en ellas el elenco de posibilidades estructurales del marco o campo de inteligibili-

¹⁰ Entre otras referencias, tal campo de inteligibilidad equivale o se halla implicado en la siguiente descripción de Bourdieu: “Los campos de producción cultural proponen a quienes se han adentrado en ellos un *espacio de posibilidades* que tiende a orientar su búsqueda definiendo el universo de los problemas, de los referentes intelectuales (con frecuencia constituidos por nombres de personajes faro), de los conceptos en ismo; resumiendo, todo un sistema de coordenadas que hay que tener en la cabeza —lo que no significa en la conciencia— para participar en el juego”. — *Razones prácticas*, p. 53.

dad operante, y en la interlocución explícita e implícita que mantienen, los contornos y relieves principales de dicho campo. Sólo bajo esta óptica se pone de manifiesto el significado propiamente epistemológico de las teorías. —Es obvio, aunque no está de más dejarlo anotado, que semejante óptica y el significado epistemológico no constituyen el único modo legítimo en que hay que asumir las teorías. De hecho y de derecho, éstas pueden ser sometidas a varios tipos de análisis en atención a otros tantos tipos de propósitos; incluso el mero seguimiento anecdótico de sus orígenes puede resultar especialmente instructivo en ciertas circunstancias. Lo importante es no perder de vista la naturaleza de los significados que se hallan en juego en cada acercamiento, y por tanto la clase de argumentos y conclusiones que tienen cabida en él—.

Por otro lado, es indispensable evitar la impresión de que el abandono de los enfoques lineales y atomísticos tiene por consigna la postulación de un orden universal o un sustrato causal totalitario, a instancias del cual todo brote de contingencia o de alteridad singular ha de ser conjurado. Para ello es necesario impedir la sustancialización real o aparente de lo que antes denominamos campo de inteligibilidad. Habrá que subrayar en primer término que de ninguna manera es equiparable con un espacio cerrado y homogéneo, perfectamente recortado y sincronizado, puesto que, como toda configuración histórica, se encuentra en permanente estado de formación (incluso en el periodo terminal de su vigencia), de suerte que tanto sus posibilidades de realización como sus fronteras cambian continuamente y no pueden ser fijadas de una vez por todas —de hecho, sólo es factible descubrirlas en sentido retroactivo y tendencial—. En segundo lugar, es preciso igualmente evitar concebirlo y tratarlo como un sistema o estructura en movimiento, con la consiguiente pretensión de convertirlo en materia de formalizaciones y deducciones seudorigurosas. Lejos de eso, hay que advertir que en todo momento consta de múltiples estructuras de distintas dimensiones que se articulan y contrarrestan entre sí en varios niveles y esferas de acción, por lo que sólo mediante

abstracciones y fragmentaciones premeditadas puede prestarse a análisis estructuralistas o a esquematizaciones simples.

De acuerdo con lo anterior, en el debate sobre las ciencias sociales tenemos un registro específico —trazado en la perspectiva particular de estas disciplinas— del campo de inteligibilidad que se desplegó al hilo de la actividad científica a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Así pues, pasaremos a considerar las orientaciones y alternativas del debate expuestas en los apartados precedentes en relación con el desarrollo de dicho campo. Antes, empero, conviene hacer notar que justamente ese punto de partida, el periodo en que comienza la delimitación disciplinaria del conocimiento social, corresponde a uno de los episodios más sobresalientes y decisivos de la historia general de la ciencia: durante la segunda mitad del siglo XIX, el sistema de la física clásica fundada por la mecánica de Newton alcanzó el máximo de su capacidad explicativa (al grado de que en diversos círculos llegó a privar la certeza de que en lo sucesivo sólo quedaba pendiente la tarea de suministrar la suficiente información empírica y experimental para llevar a término la construcción del edificio de la ciencia), y al mismo tiempo comenzaron a acumularse las anomalías recalcitrantes y los fenómenos experimentales (como los del electromagnetismo y la termodinámica) que venían a contradecir las predicciones basadas en las leyes universales del movimiento y que desembocarían en las diversas revoluciones teóricas acaecidas en las décadas iniciales del siglo XX. Como se verá, en más de uno respecto lo que culmina y lo que se pone en marcha en esta coyuntura resultarán determinantes para la caracterización del proceso discursivo que, según nuestro enfoque, explica la trama de la discusión que nos ocupa.

Al nivel del balance general de las corrientes de pensamiento que han tomado parte en el debate sobre las ciencias sociales externamos la tesis de que la cuestión de fondo que decide el curso y la forma del mismo no estriba en la disyuntiva que lleva a optar entre un criterio

universal y riguroso de cientificidad y uno relativo o gradualista, toda vez que esta alternativa surge y se desenvuelve en el seno de una condición más abarcante que de manera expresa o inadvertida informa las diversas posiciones y acota el marco de sus discrepancias, a la cual tipificamos con la expresión de monismo epistemológico. En ese contexto se hizo hincapié en que aun las concepciones que recusan la hegemonía teórica y práctica de las ciencias naturales y buscan habilitar un concepto alternativo de ciencia para el conocimiento social, han hecho valer de *facto* tal hegemonía, en la medida en que sus iniciativas han sido diseñadas en expresa oposición a las pautas imperantes en el ámbito de la investigación natural. En suma, arribamos a la conclusión de que la deliberación sobre la cientificidad de las ciencias sociales se ha llevado a cabo casi por completo, con o sin plena conciencia, en el interior de la cientificidad de las ciencias naturales. Pero esto parece contradecir nuestra intención declarada: más que otros planteamientos de carácter negativo o crítico, el presente bien puede subsumirse en el grupo de los que suscriben la hipótesis del error consuetudinario en alguna de sus múltiples acepciones: ¿No denuncia acaso una limitación esencial, una reducción dogmática que habría condicionado desde el principio el desarrollo de la discusión de modo que todas las posiciones asumidas resultaran necesariamente defectuosas e insolventes, tributarias de una ficción institucionalizada? Esta versión es justamente la que busca desmentir el enfoque que proponemos. La hegemonía epistemológica ejercida por el conocimiento natural dista mucho de ser o descansar en una ficción; es el producto sustancial de la actividad científica desarrollada a lo largo de la modernidad clásica, la cual, por lo demás, aportó las pautas y el sedimento discursivo con que se conformó la racionalidad científica que dio unidad y sustento a la cultura moderna en su conjunto. Si dentro de ese vasto horizonte histórico terminó por prevalecer como único criterio de cientificidad el emanado del estudio de los fenómenos naturales, las causas de ello se encuentran al alcance de la mano y

nada tienen que ver con visiones unilaterales o reduccionismos espurios: fue el estudio de la naturaleza el primer y por mucho tiempo el único dominio que contó con los rudimentos conceptuales, metodológicos y experimentales adecuados para el establecimiento de un canon de objetividad y sistematicidad distinto del medieval y mayormente competente en relación con las necesidades e ideales de la nueva sociedad en formación. Percibidas desde el interior de este horizonte, las ciencias naturales no aparecían como una región particular del conocimiento cuyos resultados teóricos y prácticos debieran circunscribirse al manejo de sus objetos; representaban el asentamiento inicial del progreso de la razón humana, la cual debería extenderse al conjunto de las actividades y empresas de la praxis social. Fueron los logros teóricos y experimentales de la investigación física los que proporcionaron la forma y la autocerteza necesarias para la consolidación de esta directriz medular de la mentalidad moderna.

Aquello que al ras del pensamiento contemporáneo puede calificarse de simplificación physicalista, en la trama del pensamiento moderno constituyó la premisa más sólida y confiable para la realización de un proyecto universal de conocimiento. A través de las sucesivas construcciones y síntesis teóricas de la investigación natural llevada a cabo desde los inicios del siglo XVII hasta mediados del XIX fue configurándose el campo de inteligibilidad de lo que en estricto sentido histórico-epistemológico cabe entender por razón científica moderna. Ahora bien, la posibilidad fundamental de dicho campo quedó puntualizada en el proyecto de la ciencia unificada (según la postrera denominación neopositivista) o del sistema integral de la explicación científica, cuyo *corpus* debía comprender el conjunto de leyes y regularidades que rigen la totalidad de los procesos y fenómenos de que consta el mundo real, desde los astronómicos y corpusculares hasta los psicológicos y espirituales. Además de los diversos aspectos en que contribuyó de modo directo o diferido al apuntalamiento del nuevo orden

cultural (materializado en la organización enciclopédica de los saberes), en el terreno de la filosofía, dicho proyecto sirvió de referente primordial y de corolario a la postulación de la unidad trascendental de la razón, en torno a la cual se elaboraron tanto las teorías del conocimiento del idealismo alemán como las de los sistemas influidos por éste, en oposición a las concepciones dogmáticas, escépticas o sustancialistas anteriores a Kant.

En una palabra, la ciencia moderna asumió en su desarrollo global una configuración uniparadigmática, y existían suficientes motivos históricos, culturales y epistémicos para que así ocurriera; cualquier otra disposición estructural habría requerido el concurso de condiciones objetivas y subjetivas distintas, sobre todo en cuanto al imperativo de romper con la constelación del saber y la mentalidad tradicionales. A la vista de tal desenlace, hay que convenir en que cuentan con cabal justificación las concepciones que desde la aparición de las disciplinas sociales en adelante procedieron a determinar el *estatus* científico de éstas en función de las pautas y rendimientos conquistados por las ciencias naturales. Por más que entre esas concepciones proliferara la conciencia de las diferencias cualitativas y fenoménicas existentes entre los objetos de unas y otras, en el horizonte discursivo sólo el criterio de científicidad consustancial al proyecto de la ciencia unificada podía erigirse en canon para la fundamentación y sistematización de las nuevas disciplinas. Ningún parámetro o modelo surgido intempestivamente habría podido cumplir ese cometido. De la misma manera se justifica el que la mayoría de las corrientes empeñadas en fincar la investigación y las teorías sociales en un concepto de ciencia independiente hayan conducido a propuestas que por variación o negación venían a ratificar la hegemonía del paradigma establecido. Ello muestra, por otra parte, que el curso objetivo de las elaboraciones teóricas no suele obedecer al libre azar de los aciertos y errores de las inventivas individuales, a las que ciertamente en

todo momento les es dable incursionar en cualquier dirección. Sólo si el quehacer científico se verificara en la realidad como llegó a concebirlo Lyotard, es decir, como un juego paralógico versado en la exploración recreativa de límites e inestabilidades¹¹, cabría desestimar el condicionamiento global descrito y pensar que el expediente histórico del conocimiento social podría haber sido diferente. Mas, por desgracia, no es el caso, y menos aun lo fue en el pasado.

Pero si existen razones y circunstancias históricas que justifican la causa de quienes reflexionaron positiva o reactivamente bajo la égida del proyecto de la ciencia unificada, ¿qué hay que decir sobre quienes desde las postrimerías del siglo XIX en adelante se abocaron a combatir el monismo epistemológico imperante? Ante esta contraposición neta pareciera que la pretensión de nuestra hipótesis resulta insostenible. Si las ideas de los primeros deben considerarse válidas y pertinentes, las de los segundos necesariamente deberán tenerse por erróneas e improcedentes. Este dictamen alcanza parcialmente a las concepciones recién aludidas, o sea aquellas que demandan para las disciplinas sociales una científicidad alternativa pero cuyas iniciativas constituyen derivaciones invertidas del criterio de las ciencias naturales: sus propios resultados revelarían la insolvencia de su objetivo inicial. De cualquier forma, prescindiendo de matices y rasgos particulares, de conformidad con el dictado de la lógica más elemental, todas las concepciones no alineadas con la divisa de la ciencia universal tendrán que catalogarse como fallidas desde el momento en que se admite el acierto del grupo opuesto. Si X es verdadero, no-X es falso por fuerza, sin mediación alguna.

Lo que ante tan aplastante necesidad nos toca señalar es que esa lógica forma parte de la racionalidad moderna, y por tanto es coextensiva con el monismo epistemológico y la configuración uniparadigmática de la actividad científica que se puso en marcha desde los albores del siglo XVII. Pero la segunda mitad del siglo XIX

¹¹ Cfr. "La legitimación por la paralogía", en *La condición postmoderna*.

resulta ser una coyuntura histórica crucial para la temática que nos ocupa precisamente porque en ella comenzaron a acumularse los problemas indecibles, los dilemas teóricos y los descubrimientos exorbitantes que suscitaron la crisis o mostraron los límites (anteriormente inimaginados) del edificio monolítico de la física clásica montado a partir del sistema newtoniano, edificio cuya construcción por entonces parecía hallarse en su última fase de construcción. Las transformaciones y creaciones revolucionarias que se sucedieron a partir de ese momento dentro y fuera de la física han sido objeto de innumerables análisis y hasta la fecha todavía hay mucho que decir sobre sus consecuencias de largo alcance. Ello no obstante, algo se puede afirmar por encima de toda duda o reconsideración: al paso de este encadenamiento de cambios esenciales, el *corpus*, las estrategias y la organización de la ciencia entraron en un proceso de reconfiguración tanto o más radical que el acaecido en la transición del saber medieval a la *episteme* moderna. Lo mismo al nivel de los modelos y lenguajes teóricos que en el terreno del trabajo experimental, la ciencia desbordó los marcos y lineamientos estructurales del paradigma universal. Comenzó a registrar extensiones, sistemas alternativos y redistribuciones cuyo espectro en expansión escapaba cada vez más a todo intento de síntesis o de integración unitaria. El conocimiento científico se volvió multiparadigmático y su manejo dio lugar a problemas e incertidumbres para los cuales la epistemología y la metodología consagradas carecían de respuestas eficaces. En casi todos los campos se puso en marcha el fenómeno de la especialización creciente, al tiempo que en punto a la explicación general de la naturaleza se consolidaron teorías del macrocosmos y del mundo infra-tómico que resultaban inconmensurables entre sí e incompatibles con las suposiciones básicas del sentido común vigente: hechos cuya mera posibilidad sería el signo de lo irracional o lo ininteligible para la racionalidad moderna.

Aunque esta configuración multiparadigmática emergente involucra modificaciones sustanciales en todos los planos y respectos —desde los más inmediatos y visibles, como la comunicación ordinaria y la actividad académica, hasta los más abstractos y recónditos como la reflexión ontológica, el imaginario colectivo y el sentido de realidad—, basta atenerse a la definición específica de paradigma acuñada por Kuhn (“un modo determinado de plantear y resolver problemas”¹²) para adquirir una idea apropiada de la diferencia epistemológica que separa a la ciencia moderna de la contemporánea. En cualquiera de sus grandes dominios, esta última presenta diversos modos de plantear y resolver problemas que operan simultáneamente y que lo hacen, además, con índices de eficacia y confiabilidad muy superiores a los preexistentes, de suerte que no cabe señalar uno como el mejor o verdadero esperando que a la postre los restantes sean remplazados por incompetentes. En contraste con la simplicidad y univocidad del sistema de conocimiento contemplado por el proyecto de la ciencia unificada, la actividad científica que ha venido desarrollándose de revolución en revolución desde el principio del siglo XX es intrínseca y progresivamente compleja. De manera que resulta lícito e incluso necesario sostener que en el horizonte de la racionalidad contemporánea se hallan en funciones varios modos de hacer ciencia, con todos los agravantes positivos y negativos que ello entraña no sólo para las comunidades e instituciones encargadas de esta actividad, sino para el universo entero de la cultura y la vida social; pues, como se indicó antes, desde el comienzo del proceso descrito, merced a sus repercusiones materiales y discursivas, la ciencia ha dejado de ser un asunto propio y privativo de quienes la cultivan, se ha convertido en cuestión de supervivencia y de prioridad estratégica.

En presencia de esta diversidad progresiva de la ciencia contemporánea se justifican, en igual medida que sus contrincantes, las corrientes que

¹² Cfr. *La estructura de las revoluciones científicas*.

en uno u otro sentido han cuestionado la hegemonía fisicalista y formulado iniciativas en pro de criterios autónomos para el desarrollo consecuente de las ciencias sociales. Lejos de que el origen de tales corrientes pueda atribuirse a equívocos o defectos teóricos, o a celos o prejuicios gremiales, es justo situarlo en el orden de las experiencias y replanteamientos auspiciados por el avance de la metamorfosis de la actividad científica. Asimismo, las diferencias y oposiciones que median entre ellas, antes de asociarlas a conflictos de principios filosóficos o ideológicos sin más, deben entenderse en función de la pluralidad creciente de tareas, exigencias y núcleos problemáticos que reviste la propia actividad científica, así como de la complejidad y la heterogeneidad de los eventos y estados de cosas que conforman el mundo social de nuestra era, los cuales hacen improbable, más que en el caso del conocimiento natural, la asunción unánime de una sola visión epistemológica para el conjunto de la investigación social. Hay que concebir la situación en estos términos no porque sea posible o conveniente ignorar la incidencia efectiva de los principios filosóficos e ideológicos en la comprensión de la ciencia actual, sino porque dichos principios (salvo que no pasen de ser simples anacronismos o fijaciones personales) constituyen en sí mismos ingredientes y manifestaciones de los procesos referidos. Comoquiera que sea, más allá de las disparidades conceptuales y los condicionamientos circunstanciales inevitables, el desenlace global de la discusión sobre las ciencias sociales equivale al registro metateórico del desarrollo polimórfico del conocimiento actual; cada una de las vertientes y posiciones que se han destacado en ella alumbró un núcleo determinado de posibilidades y significados latentes de éste. Por lo tanto, el conjunto que integran resulta ser más relevante y verídico desde el punto de vista epistemológico que cualquiera de las mismas tomada por separado.

Se podría replicar que si bien todas las corrientes polémicas encuentran apoyo y justificación en la trayectoria histórica de la ciencia, no

todas las obtienen al mismo tiempo y de cara a los mismos contextos, de suerte que las concepciones partidarias del sistema universal del conocimiento fueron válidas para ciencia moderna y devinieron falsas frente a la contemporánea, a la vez que las contrarias son pertinentes para esta última pero eran falaces o quiméricas en el desenvolvimiento de la primera. Esta objeción se antoja plausible por cuanto parece reclamar una confrontación más concreta y expeditiva de los componentes de la discusión con las variaciones históricas de la actividad científica. Sin embargo, si es examinada de cerca pronto se advierte su carácter abstracto y formal. Ante todo, es preciso no olvidar que ningún proceso histórico (incluidos los que atañen a las elaboraciones teóricas) se cumple de manera perfectamente regular y uniforme; las tendencias dominantes y definitorias de una época generan al hilo de su propia gestión contra-tendencias, movimientos disidentes que marcan los umbrales de aquéllas al expresar o encarnar comportamientos, obras o prácticas discursivas marginales, minoritarias. En la modernidad, a lo largo del desarrollo uniparadigmático de la ciencia centrado en el modelo prototípico de la mecánica clásica, este efecto de contrapunto recayó principalmente en las concepciones de filiación humanista, las cuales buscaron acotar los límites de dicho sistema reivindicando los contenidos irreductibles de la esfera de realidad más alejada del orden mecánico (justamente la humana), lo que constituía el reto máximo para la empresa científica vigente: en ese papel se cifró la pertinencia histórico-discursiva de tales concepciones en tal periodo con respecto al círculo de cuestiones que se tratan en este caso.

Por lo que se refiere a las concepciones partidarias de la ciencia unificada en la formación multiparadigmática de la ciencia contemporánea, la situación es más comprensible de suyo. Por un lado, hasta muy avanzado el siglo XX los científicos naturales intentaron por todos los medios a su alcance hacer compatibles los descubrimientos y las innovaciones teóricas con el *corpus* de la física moderna. Se proponían

restablecer la unidad estructural del conocimiento, y ello con toda razón: un proyecto históricamente institucionalizado y acreditado no se abandona de la noche a la mañana, y hasta entonces sólo se contaba con éste para evaluar y hacer inteligibles los insólitos resultados de las nuevas líneas de investigación. Aun los científicos de vanguardia estaban obligados por principio a procurar la articulación de los diversos sistemas teóricos existentes, cuya dispersión redundaba en un caos epistémico de imprevisibles consecuencias¹³. Sólo a fuerza de fracasos reiterados en esa dirección y de nuevos hallazgos que apuntaban en la dirección contraria se persuadieron poco a poco de que no se trataba de un trastorno transitorio ocasionado por la falta de conocimiento complementario, sino de un nuevo régimen de conocimiento, solidario de una racionalidad emergente. Por otro lado, en el seno de este nuevo régimen las tentativas de alcanzar una macrosíntesis teórica o una integración general del quehacer científico en modo alguno resultan erróneas o aberrantes. Así como para el discurso filosófico contemporáneo la superación de la metafísica tradicional no equivale al paso del reino de la verdad absoluta al de la absoluta ausencia de verdad sino al reconocimiento de múltiples verdades de diferentes clases y extensiones que continuamente chocan entre sí, para el discurso científico el despliegue de una configuración multiparadigmática no equivale al paso del sistema universal y homogéneo a la desaparición de toda sistematicidad o a la dispersión irrestricta del conocimiento, lo que llevaría a una forma de atomismo indiscernible y anárquico, que en las mentes inquietas quizás podría ser fuente de ideas muy imaginativas pero que en la práctica implicaría (al igual que en la termodinámica) el advenimiento de un estado de máxima entropía. A la par del fenómeno de especialización creciente que registra la ciencia actual se puede documentar un fenómeno

de ensamble o concurrencia creciente de conocimientos de las más diversas procedencias en casi todos los terrenos de la investigación. El incremento de modelos, lenguajes, metodologías y acervos de información en todas direcciones, lejos de volver inútil la búsqueda de esquemas integradores y relaciones globales, la hace más apremiante. Huelga decir que esa búsqueda difícilmente podría aspirar a desembocar en la reinstauración, siquiera nominal o moral, del proyecto de la ciencia unificada; más bien tendrá que orientarse al reconocimiento de unidades regionales e interacciones de diversa índole a diferentes niveles, con efectos atípicos y problemáticos. Pero ello mismo refuerza la importancia de este empeño y la justificación de las concepciones que lo asumen en el presente.

Finalmente, por lo que respecta al destino de la discusión sobre las ciencias sociales y su ambivalente relación con las naturales, los apuntamientos anteriores inducen a aguardar un próximo desenlace, que por cierto también habrá de ser atípico e inesperado, toda vez que no habrá de consistir en el triunfo de un bando o en la preeminencia epistemológica de un ámbito disciplinario, sino en el desmantelamiento de las condiciones que imponían disyuntivas y oposiciones inconciliables entre ellos. A la vista de su desarrollo intensivo y extensivo, se pone de manifiesto que la ciencia contemporánea no obedece a un solo criterio de científicidad ni a dos criterios regionales contrastantes. Por desconcertante y gravoso que se antoje de primera intención, habrá que caer en la cuenta de que el espectro multiforme de la investigación actual (especialmente la de frontera) comprende varios conceptos, criterios y niveles de científicidad, que si bien no son asimilables a una fórmula o estructura universal tampoco resultan incompatibles entre sí o refractarios a combinaciones dinámicas y variables.

¹³ Niels Bohr, uno de los protagonistas estelares de la revolución de la física del siglo XX, escribe en 1929: "La ciencia tiene por misión extender y ordenar el ámbito de nuestro conocimiento experimental, y esta tarea presenta aspectos variables, íntimamente conectados los unos a los otros. Sólo por la experiencia misma llegamos a conocer aquellas leyes que nos garantizan una visión comprensiva de la diversidad de los fenómenos y justo por ello debemos estar siempre preparados para modificar las ideas directrices que ordenan nuestra experiencia a medida que nuestro conocimiento se amplía".—*La teoría atómica y la descripción de la naturaleza*, p. 52.

Por lo demás, la ordenación disciplinaria formalmente respetada hasta ahora (originada en el marco de la ciencia moderna) da muestras claras de hallarse en trance de profunda reestructuración. Independientemente de la conservación inercial de los nombres y las divisiones departamentales académicas —aunque incluso en ese plano comienzan a acumularse complicaciones y ajustes parciales que demandan una reforma de fondo—, tanto la investigación como el intercambio teórico adquieren un carácter cada vez más interdisciplinario y transdisciplinario (que trasciende el mero enlace o colaboración de campos y conocimientos disponibles, pues implica el trazado de nuevas temáticas, estrategias y categorías que no son subsumibles en los campos preexistentes). Desde mediados del siglo XX esa tendencia inter y transdisciplinaria se ha traducido en una serie de enfoques innovadores y estudios de frontera en los cuales la explicación de ciertos procesos y comportamientos sociales incorpora con éxito o con resultados significativos esquemas, factores y relaciones oriundos de las ciencias naturales, al tiempo que en la comprensión del comportamiento y las relaciones de los organismos la referencia a las estructuras y la evolución de la sociedad humana parece cobrar importancia. De una u otra manera, conforme se multiplican los traslados de modelos, lenguajes y dispositivos de observación y experimentación, la línea divisoria que separaba esos dos grandes continentes temáticos se complica y difumina. Basta con aludir a las modificaciones de forma y contenido que para la sociología, la economía, la antropología y la psicología entrañan los recientes acercamientos con la biología genética, las neurociencias, la cibernética y la inteligencia artificial para tener por cierto que este fenómeno de recomposición no es un hecho ocasional y periférico, sino una tendencia general que se verifica en varios frentes simultáneamente.

A últimas fechas nos vemos obligados a admitir que en el comportamiento humano obje-

tivo y subjetivo, individual y colectivo operan mucho más causalidades de las que a la fantasía ordinaria le es dable figurar. A medida que la ciencia descubre nuevas capas de complejidad los procesos naturales y los sociales se reagrupan y distribuyen en núcleos y redes que no se ciñen a las definiciones diferenciales del mundo natural y el mundo social que hasta hace poco parecían sólidamente establecidas. Y lo verdaderamente inédito desde el punto de vista epistemológico estriba en que este trastocamiento de fronteras y esta complicación de referentes no alientan reduccionismos o simplificaciones que anuncien otra generación de claves o principios absolutos. En lugar de eso, inducen a que el pensamiento se aventure en diferentes perspectivas, escalas y marcos de objetividad; desde la objetividad propia de los sistemas funcionales e informáticos hasta la que defienden los enfoques hermenéuticos, pasando por los implicados en los diversos tipos de observación y experimentación disponibles que se practican actualmente. Ello entraña el surgimiento de una nueva generación de problemas epistemológicos, cuya elucidación exige un emplazamiento múltiple.

“¿No se cierne sobre el sociólogo la amenaza de una especie de esquizofrenia, en la medida en que está condenado a explicar la historicidad y la relatividad mediante un discurso que pretende la universalidad y la objetividad, a proclamar la incertidumbre mediante un análisis que implica la suspensión de cualquier adhesión ingenua, a someter la razón escolástica tanto a una crítica inevitablemente escolástica, tanto en sus condiciones de posibilidad como en sus formas de expresión, es decir a echar por tierra, al menos en apariencia, la razón con una argumentación racional, a la manera de esos pacientes que comentan lo que dicen o lo que hacen mediante un metadiscurso que lo contradice? ¿O se trata sólo de una ilusión, fruto de la repugnancia a aceptar la historicidad de la razón, científica o jurídica”¹⁴.

¹⁴ Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, p. 125.

ALGUNAS REFERENCIAS

- Berman, M., (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, México, Siglo XXI.
- Bohr, N., (1988). *La teoría atómica y la descripción de la naturaleza*, España, Alianza Editorial.
- Bourdieu, P., (2002). *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama.
- _____, (1999). *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
- Ferraris, M., (2002). *Historia de la hermenéutica*, México, Siglo XXI.
- Gadamer, H.G., (2002). *Acotaciones hermenéuticas*, España, Trotta.
- _____, (1999). *Verdad y método*, 2t., España, Ediciones Sígueme.
- Kuhn, T.S., (1996). *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Luhmann, N., (1998). *Complejidad y modernidad*, España, Trotta.
- Lyotard, J.F., (1986). *La condición postmoderna*, España, Cátedras.
- Quine, W.V., (2001). *Acercas del conocimiento científico y otros dogmas*, España, Paidós.
- Searle, J.R., (2001). *Mente, lenguaje y sociedad*, España, Alianza editorial.
- Schutz, A., (1995). *El problema de la realidad social*, Argentina, Amorrortu.
- Show, C.P., (1977). *Las dos culturas y un segundo enfoque*, España, Alianza editorial.